

Tellagorri el desterrado

Euzko Gaztedi, 1960-08: 8.

Yo no traté a Tellagorri personalmente; quiero decir que no tuve la suerte de estrecharle la mano ni de oírle la voz. Pero conocerlo, quiero decir, escucharlo, verle la malicia en los ojos socarronamente en una frase, imaginármelo sentado a la mesa gustando unos chipirones, compartir con él las amarguras de la ausencia, y hasta llorar con él en los recuerdos, de eso sí lo conozco como si le hubiese visto el ser hasta las raíces.

Es que Tellagorri se dejaba traslucir en sus escritos, en sus cartas, como un cristal fino.

A pesar de ser un narrador y un periodista excelente, la sensibilidad de Tellagorri no se avino nunca a escribir sobre otro tema que no fuese el de su tierra, y por este magnífico espíritu de lealtad a la razón de su destierro, virtud tan profundamente enraizada en el corazón del vasco, no alcanzó en América el acomodo y el nombre que hubiese podido lograr. No sé si los vascos apreciaremos algún día en toda su justicia este sacrificio.

Tellagorri vivía inmerso, con toda su humanidad, con toda su sensibilidad, con todas sus aspiraciones, en el mundo de su pueblo.

Solía decir que la tierra influía en cualquier ser viviente, el árbol, el gusano, el hombre, decisivamente, y que mientras el hombre, el gusano o el árbol no se fundiesen con la tierra sobre la cual vivían, serían infecundos.

Tellagorri era un hombre que vivía en América añorando la música de tiovivo "hecha de platillos, timbres y silbos" de su pueblo en fiestas, y cuando la oía en la calesita de un solar que hace esquina con las calles Cochabamba y Bernardo de Irigoyen "el alma se me abate –decía– y se inclina mi cabeza, y sigo mi paseo sin objeto, inundado de tristeza infinita". Después de tantos años escribiendo, y escribiendo bien, seguía añorando el pequeño corro de lectores que llegó a tener cuando comenzó a escribir en tierra vasca, constituido de "un par de amigos, de dos desconocidos y de un conductor de tranvía", que empezó a saludarle desde que supo que escribía en los periódicos. No sé qué se habrá hecho del jilguero *Bilintx* que le mandaron de Bilbao, y con el que solía "conversar mucho todas las mañanas, a primera hora, cuando –decía– le limpio la jaula, le cambio el agua y le avento las cascarillas del alpiste. En *Bilintx*, en sus colores y en sus cantos veo y siento a mi tierra, y él me cuenta más que todos los marinos juntos. El día que vuelva a mis pagos, volveré con mi jilguero y allí lo echaré a volar, y así los dos habremos vuelto a la libertad en nuestro propio paisaje". Se acuerda Tellagorri constantemente de "los días de paz, de cuando en la tierra de los vascos se vivía en el trabajo alegre". "Para mí –decía– la mayor tristeza del destierro es la de no poder regalar a mis ojos la contemplación de los paisajes ente los que he nacido y he vivido siempre...". "El paseo de Urdúliz a Plencia, por la carretera que desciende suavemente por entre los árboles que la sombrean, era una delicia, y a su término, la maravilla última: Plencia, el pueblo más bonito que he visto, y he visto bastantes...".

Mi bueno y generoso amigo José Olivares Larrondo, Tellagorri, era un vasco cabal, un hombre de exquisita sensibilidad y un escritor finísimo, sin aparato, sin tiesuras, que se pintaba él mismo sencilla y llanamente como "algo menos que un extranjero de alpargatas", un poeta sosegado que "se encuentra muy bien, tan quieta el alma como el cuerpo", y que no aspira a nada "como no sea estar sentado en un parque o pasear por las calles de la ciudad, sin prisa, sin rumbo y sin objeto".

¿De qué murió Tellagorri?

Como dice muy bien otro escritor y periodista vasco desterrado, su gran amigo Pello Mari Irujo, en la carta en que nos anuncia la desgracia, Tellagorri no murió de nada de lo que dicen los médicos, sino de nostalgia; esa añoranza que ha ido quedando a lo largo de ese penoso camino del escritor desterrado y desarraigado que trata de recuperar su mundo a través de la imaginación.

La prosa poética de Tellagorri tiene el sosiego de un *gurdi* cargado de yerba al paso de una tranquila pareja de bueyes, sin posadas palabras de diccionario, y sin embargo de una elocuencia de continuas explosiones silenciosas que no están en las palabras mismas sino en la manera peculiar en que las ha ido ordenando en la raíz misma del pensamiento.

Sus descripciones están llenas de una gracia y una elocuencia que quedan prendidas en la memoria y en el sentimiento: "La cabeza de Larregui –dice describiendo al *Vasco de la carretilla** –comienza por donde debe comenzar toda cabeza que se estime: por una boina. Comienza por una boina pequeñas, casi un solideo. Ustedes creerán que inmediatamente después de la boina, según se baja, viene la frente. Error. En Larregui, lo que arranca del mismo borde de la boina, es la nariz, que termina exactamente en la ceniza del cigarrillo que lleva pegado al labio. ¡Qué nariz!".

Tellagorri era un extraordinario observador, un extraordinario narrador y un extraordinario poeta, y sabía ver, sabía contar y sabía decirlo a través del corazón, y por eso mismo, desinteresadamente.

– Bueno –le preguntaron en una ocasión–. ¿Se puede saber por qué escribes tú, si no sacas nada de ello?

"Encuentro un gusto especial en escribir –contestó– lo mismo artículos para los periódicos que cartas para los amigos, que escribir cuartillas que guardo o que las rompo".

Y ¿saben cuál era toda la ambición de este barojiano? Que hubiese algún libro suyo en un pequeño armario del casino de su pueblo, y que algún viejo que lo leyera alguna vez encontrase algo que le interesase, y "que dentro de cien años, cuando derriben el casino, por viejo, alguien se robe el libro y lo lleve escondido a su casa, sin más razón que la de haberlo escrito hace muchos años uno del mismo pueblo".

Ya veis, he querido hablar de Tellagorri y me han salido sus propias palabras. Es que nadie mejor que él mismo, que la voz de un poeta que ha muerto de nostalgia, podía despertar su recuerdo.

Ya tendrá Tellagorri, no uno, muchos compatriotas suyos que leerán sus libros con cariño, y tendrá también quienes lo recuerden en su pueblo como quería.

A mí sólo me queda llorar aquí al hombre, al patriota y al escritor que hemos perdido todos los vascos.

* "Las horas joviales", Buenos Aires. Talleres Gráficos Claridad 1950.